

**JUEVES SANTO**  
**MISA VESPERTINA DE LA CENA DEL SEÑOR**  
**Homilía del P. Abad Josep M. Soler**  
**9 de abril de 2009**  
**1Cor 11, 23-26**

La mesa está puesta. Nos disponemos, hermanos y hermanas amados, a hacer el *memorial* de la última cena de Jesús. Un *memorial* que hace presente tres hechos inseparables: la institución de la eucaristía, la muerte en cruz y la resurrección. Esta noche hemos escuchado el relato más antiguo que tiene la Iglesia de la última cena. Efectivamente, san Pablo lo describe en su primera carta a los cristianos de Corinto. Es un texto redactado pasados unos veinte o veinticinco años después de los hechos. Sin embargo, el Apóstol habla como de la *tradicción* que él había recibido; probablemente se refiere al momento de hacerse cristiano, eso nos lleva, pues, a una fuente entre cuatro y siete años posterior a la última cena del *Señor*. Jesús, explica san Pablo, en la noche en que iban a entregarlo, se sentó a la mesa con los discípulos y les partió el pan diciendo *esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros. Lo mismo hizo con el cáliz, después de cenar, diciendo: - «Este cáliz es la nueva alianza sellada con mi sangre.* Con estas palabras, queda claro que el *pan* y el vino del *cáliz* sobre los cuales se ha pronunciado la plegaria de *acción de gracias*, hacen presente el *cuerpo ofrecido* en la cruz en favor nuestro y la *sangre* derramada en la crucifixión para sellar un nuevo pacto de amistad entre Dios y toda la humanidad.

La mesa está puesta. Entorno a ella, nos disponemos a hacer el memorial de Jesús, *el Señor*, siguiendo la *tradicción* que nos viene de él mismo. Así como aquella noche de la cena se sentó con sus discípulos y les dejó el sacramento de su *cuerpo* y de su *sangre*, también hoy se sienta a la mesa con nosotros y nos da su *pan* como comida y su *cáliz* como bebida para alimentar nuestra debilidad y vigorizarnos en la fe y en el amor. Al repetir la celebración de la cena, anunciamos delante del mundo *la muerte del Señor*, su donación sin límites a cada hermano y hermana de humanidad. Y lo hacemos esperando su retorno glorioso. Anunciamos la muerte de Jesús, pero sabemos que vive para siempre y por eso esperamos que volverá tal como ha prometido. La ambientación es diferente de la del cenáculo y de la que había en las comunidades cristianas del tiempo de san Pablo cuando celebraban *el memorial* de la última cena. Es que, aunque el núcleo fundamental es el mismo, la Iglesia ha ido profundizando la tradición que le *viene del Señor*, y simbólicamente quiere expresar en su liturgia eucarística el paso de la pascua antigua a la realidad de la Pascua nueva con el nuevo Cordero que es Jesucristo sacrificado en la cruz, resucitado al tercer día y vivo en medio de los suyos. En este sentido, la celebración de la Eucaristía, en tanto es comunión con el Cristo que nos ofrece su cuerpo y su sangre como nutrimento de inmortalidad, es también anticipación de la comunión y de la fiesta del mundo nuevo, en el Reino eterno. Por eso, la liturgia nos presenta ya un espacio de alguna manera transfigurado, en el cual la vida del cielo empapada de la gloria de Dios se hace presente en la tierra por obra del Espíritu Santo cuando celebramos *el memorial del Señor*.

La mesa está puesta. Y nos llama al perdón y al servicio. Viendo la generosidad de Dios y la donación de Jesús por amor hasta la muerte, nos sentimos urgidos a la reconciliación, a ir al encuentro de nuestros hermanos y a hacer las paces antes de presentar la ofrenda (cf. Mt 5, 23-24), antes de participar de la mesa del Señor. San Pablo habla precisamente de la última cena de Jesús en el contexto de urgir a los cristianos de Corinto a mejorar la fraternidad entre ellos; y les hace ver que la recepción del *cuerpo* de Cristo comporta la exigencia de no despreciar al hermano. Y comporta, también el llamamiento al servicio. La donación de Jesús en la cruz y en la

Eucaristía es para servir a toda la humanidad, tal como lo puso de manifiesto con el lavatorio de los pies a sus discípulos adelantando el abajamiento que significaba la cruz. Al repetir ahora en medio de esta asamblea el lavatorio de los pies, todos tenemos que sentirnos llamados a dar la vida para servir a nuestros hermanos en la fe y en humanidad.

La mesa está puesta. Pero compartir la mesa de Jesús exige compartir con los que pasan necesidad. Tal como dice el Catecismo, "la Eucaristía entraña un compromiso en favor de los pobres" (CEC, 1397). La crisis económica nos afecta a todos de una manera u otra. Pero afecta sobre todo a los más vulnerables. Cada día aumenta de una manera alarmante el número de los pobres, de los que son marginados, de las personas destrozadas porque ya no tienen ningún tipo de esperanza y están llenas de necesidades, hasta las más básicas. Los cristianos no podemos cerrar los ojos ante esta situación. De hecho, son ya muchas las voces de Iglesia que reclaman la atención de la sociedad y un compromiso más efectivo de las administraciones en favor de estas personas. Son ya muchos los que aportan lo que pueden. Partir el pan de Jesús esta noche nos tiene que llevar a compartir con los necesitados. Entre muchas actuaciones posibles, está la de llevar alimentos en especie a las parroquias y casas religiosas de los pueblos y ciudades o a otros sitios donde atienden a los que pasan necesidad. En Montserrat, concretamente, os proponemos colaborar en la colecta que haremos al final de la celebración; el importe, junto con la aportación del monasterio, será entregado a Cáritas, institución que, junto con otros, hace concreto el compromiso solidario que se deriva de la Eucaristía que es sacramento de caridad (cf. Benedicto XVI, Exhortación postsinodal "Sacramentum caritatis", 91).

La mesa está puesta. Es la del memorial eucarístico del Señor. Pero es, también, símbolo y anticipación de aquella mesa en la cual, cuando Jesucristo vuelva a buscarnos, nos quiere invitar a sentarnos con todos los redimidos, para beber el fruto nuevo de la viña en el Reino de su Padre (cf. Mt 26, 29), que es, también, Padre nuestro. Mientras esperamos su retorno, la presencia eucarística nos consuela y al mismo tiempo nos hace desear cada vez más ver el Rostro amado.